

EN ESTE NUMERO:

- «La autoridad de los obispos de Africa se ha visto robustecida por el Concilio». Monseñor Eugenio Moke. Entrevista con Manuel Useros (página 7).
- Encuesta en una parroquia del Norte (páginas 15-19).
- Un reportaje desde Japón, por Juan A. Ruescas Márquez, S. I. (página 20).

Editorial

IGLESIA Y MUNDO



ESCRIBIMOS bajo la impresión sobrecogedora que nos ha causado la lectura del texto, ya promulgado, no de las anticipaciones oficiosas, sino del mismo texto de la Constitución pastoral sobre "La Iglesia y el mundo contemporáneo".

Difícilmente se podría haber pensado en un remate más feliz para la obra conciliar. Y, sin embargo, se da la circunstancia de que este remate no estaba pensado en un principio. El cuadro de las primitivas comisiones conciliares no incluía una que se ocupara específicamente de este tema y fue la opinión pública, siempre decisivo factor en la historia de los Concilios, la que, pesando con particular eficacia en el Vaticano II, logró plantear a los Padres el problema y hacerles buscar una solución.

La búsqueda, digámoslo con entera honradez, fue laboriosa. Hay que releer la historia de este texto conciliar para darnos cuenta de cómo nació, en puro interrogante, y de lo que ha costado plasmar en fórmulas decisivas la respuesta de la Iglesia a los problemas planteados. Porque, contra lo que veníamos afirmando, no teníamos ideas claras; no poseíamos la clave de todos los problemas; nos habíamos refugiado en las fórmulas vagas, no comprometedoras, en lugar de ir directamente al nervio de las cuestiones.

La Constitución deja aún mucho camino que andar. Es evidente que ni ha

logrado, ni podía, dar una solución a todos los problemas. Pero el paso ha sido gigantesco. El hecho de hablar planteado el interrogante e intentado la respuesta es ya mucho. Y mucho más aún el que la respuesta no haya sido buscada en el terreno facilón de unos cuantos problemas concretos, sino en el de una teología de las realidades terrestres construida con ambicioso empeño. Las grandes interrogantes que la Humanidad se ha planteado, sobre el sentido de la creación y de las tareas humanas, están aquí respondidas en un intento de síntesis de las soluciones teológicas sobre los grandes problemas básicos. Es hermoso, muy hermoso, encontrar tanta novedad en el planteamiento, y en el lenguaje. Aunque sea triste pensar que este planteamiento era totalmente ajeno a la abrumadora mayoría de los manuales teológicos en uso en los Seminarios, y el lenguaje, tan diverso del hasta ahora utilizado, que ha resultado difícil aun para los mismos peritos latinistas. La insuficiencia del latín eclesiástico en este aspecto, ¿no constituye una prueba decisiva de la inactualidad de muchas de nuestras enseñanzas? Se refutaba el arrianismo, se demostraba la inanidad del adopcionismo... y se olvidaba este manido de sangrantes problemas humanos que el Concilio ha acometido: la promoción de la cultura, el trabajo huma-

(Pasa a la pág. 2.)